DE DOCE Á UNA,

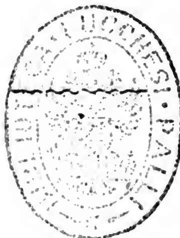
JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

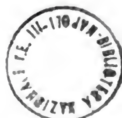
ORIGINAL DE

DON ENRIQUE ZUMEL.

Representado en el Teatro Martin, el 20 de Marzo de 1871.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.



PERSONAJES.	ACTORES.
ROSA	DOÑA CARLOTA FRENDO.
MANUELA [1]	DOÑA DOLORES CARCELLER.
ELVIRA	DOÑA MATILDE CARREÑO.
D. HERMÓGENES	DON MANUEL TORMO.
D. CASIMIRO	DON JOSÉ CALVO.
D. CLAUDIO	DON ANTONIO JUNCOS.
RUPERTO	D. ALBERTO RODRIGUEZ.

La accion se supone en Sevilla, en nuestros dias.

1 La primera actriz, Doña Dolores Carceller, asi como el galan jóven, D. Alberto Rodriguez, hicieron en este juguete dos papeles inferiores á su categoría, en obsequio á su autor, que asi lo consigna y les da las gracias.

ACTO ÚNICO.

El teatro está dividido; la mitad de la izquierda será una habitacion con puerta en el fondo, que figura comunicar con el interior; y puerta en los bastidores, que figura dar á una alcoba; en la division ventana baja con reja; esta habitacion amueblada decentemente; un quinqué encendido: en la derecha que formará una calle, en primer término en los bastidores, casa con reja baja; en tercero otra casa con balcon practicable, en la esquina un farol encendido.

ESCENA PRIMERA.

D. CLAUDIO y RUPERTO en la calle.

CLAUDIO. ¿Qué me dice usted? Conque ese bergante viene á las altas horas de la noche á rondar á mi hija?

RUP. Sí señor; y creo que ella debe darle algunas esperanzas, porque de otro modo...

CLAUDIO. No tenga usted cuidado, que yo lo escarmentaré!... Vaya, vaya! Un ente que no sabe más que jugar al billar!

RUP. Y trampear.

CLAUDIO. Y ser un vago!... Pero si la chica me ha asegurado que no piensa en él!

RUP. Pues créame usted, don Claudio; esté usted en acecho,

y verá cómo de doce á una, viene todas las noches á ponerse de centinela bajo su balcon.

CLAUDIO. Le agradezco á usted el aviso y me aprovecharé de él, para impedir que ese truhan me engatuse á la chica. No, no lo echaré en saco roto. (Sigue hablando.)

ESCENA II.

DICHOS, HERMÓGENES, saliendo en la casa del interior, con una carta en la mano.

HERM. No hay duda! Es letra de mi mujer!... Y yo que anoche la llevé al baile de máscaras!... Al salir doy mi tarjeta en la guardaropía y me dan el gaban; pero vengo á casa, y al quitármelo reconozco que no es el mio! que me lo han cambiado; meto la mano en los bolsillos y me encuentro esta carta, de letra de mi mujer... horror! Es una cita! Una cita para esta noche, de doce á una!

CLAUDIO. Gracias, amigo mio; no me acostaré, y de doce á una acecharé en mi balcon; hasta mañana!

RUP. Hará usted muy bien; buenas noches. (D. Claudio entra en su casa tercer término; Ruperto se marcha segundo término derecha.)

ESCENA III.

HERMÓGENES, despues ROSA en la casa saliendo del interior.

HERM. Es su letra! No hay duda! (Leyendo.) «Le espero á usted mañana miércoles de ceniza en la reja, de doce á »una; á esa hora duermen todos en mi casa, y será fá»cil que concertemos la manera de burlar á mi tirano.» ¡Su tirano! Este tirano debo ser yo! Y me llama tirano á mí, á quien tiraniza hace seis años! (Vuelve á leer.) «Suya para siempre, la del clavel.» Suya! Y se llama suya!... ¡Qué clavel será este? Yo no recuerdo que mi mujer... pero es su letra! «Á esa hora duermen todos en mi casa » No dormiré yo! Esposa ingrata! Esta noche ha de ser para tí más lúgubre que las de Cadalso!

Y eso que anoche con el maldito baile... Y allí se verian, de fijo! Y fuí yo quien la llevé! Ah! se ha de acordar de mí! Yo procuraré probarla que soy su tirano, y lo he de ser más que Ángelo el de Pádua!

ROSA. Hermógenes!

HERM. (Ya está aquí la arpía!)

ROSA. No te acuestas? Anoche no dormiste...

HERM. No dormí...

ROSA. Debes acostarte temprano!

HERM. (Quiere que me acueste para que la deje el campo libre!) Te diré; hoy no me acuesto.

ROSA. ¿Cómo?

HERM. Tengo que velar á un amigo que se está muriendo.

ROSA. ¿Á un amigo? Y quién es?

HERM. Quién?... (Á quién haré enfermar?) Don Casimiro Duarte.

ROSA. Don Casimiro? Pues si ha pasado por ahí esta tarde y estaba tan bueno.

HERM. Bueno? Sí, es verdad! Esta tarde estaba bien, pero esta noche le ha dado un ataque cerebral y... se está muriendo!

ROSA. ¿Pero tú lo vas á velar, habiendo pasado la noche en vela?

HERM. El pobre no tiene quien lo vele...

ROSA. ¿Y sus hijos?

HERM. ¿Sus hijos? Ah! sus hijos están tambien enfermos.

ROSA. Ave María. ¿Qué tienen?

HERM. Uno tiene... sarampion.

ROSA. ¿Y los otros dos?

HERM. Otro... tiene el cólera.

ROSA. Jesus! ¿Pues qué hay cólera en Sevilla?

HERM. (Ojalá no hubiera tanta!... Yo reviento!)

ROSA. ¿Y el otro, qué tiene?

HERM. Moquillo.

ROSA. ¿Como los perros?

HERM. No, no! tabardillo, quise decir.

ROSA. Ya! Qué cosa tan rara! Todos malos á la vez!

HERM. Qué quieres? Como las desgracias nunca vienen solas...

ROSA. ¿Sabes que me parece que estás mintiendo?

HERM. Yo!... (Si llego á estallar!... Pero no! quiero cogerlos infraganti.)

ROSA. ¿Te citó anoche alguna máscara de las que te dieron broma?

HERM. Para máscaras estoy yo!

ROSA. Mira que si lo supiera seria capaz...

HERM. (Bien! Ahora me da celos! Arpía!) ¿Dónde has estado esta tarde?

ROSA. Pues no lo sabes? Ahí enfrente, en casa de Amalia. Fuí á verla, porque como hace tanto tiempo que tiene un panadizo en un dedo de la mano derecha...

HERM. Es verdad! ¿Y por qué no te has acostado ya, despues de haber pasado ayer una mala noche?

ROSA. Porque esperaba á que tú te acostaras!

HERM. Esperabas? (Yo tambien espero.)

ROSA. Es este el gaban que te dieron anoche por el tuyo?

HERM. Le conoces tal vez?

ROSA. Yo? No por cierto.

HERM. Lo digo, porque sabiendo quién es su dueño, desharíamos el cambio.

ROSA. No, lo decia porque creo que has ganado.

HERM. Qué he ganado? (No lo sabes tú muy bien!) Vaya: dame la capa, que me voy á casa de mi amigo Casimiro.

ROSA. ¿Conque es verdad que te vas?

HERM ¿No te lo he dicho? Se está muriendo...

ROSA. Mañana le velarás; hoy no quiero que vayas. Pasar dos malas noches seguidas!

HERM. (¡Te veo!) Eso no importa, dormí esta mañana.

ROSA. Ya se ve que dormiste; y soñaste tambien.

HERM. ¡Cómo! Qué soñé?

ROSA. Sí, señor! Con una cita de doce á una, y á esa cita es á la que quieres ir! Ese es el amigo que tienes que velar!

HERM. (¡Qué descaro! Qué cinismo!) Pues te equivocas... (Á que la confundo con la carta? No, quiero pillar al amante dichoso!) Ya he dado mi palabra de ir á velar

á Casimiro, y tengo precision... (Se oye una campanilla dentro.) Han llamado?

ROSA. Creo que sí!

HERM. ¿Quién viene á mi casa á estas horas? Voy á ver...

ROSA. Ya habrá ido la criada, no te molestes.

HERM. Es que yo quiero saber quién viene á mi casa á estas horas! (Sacando el reloj.) Todavía no son las doce.

ROSA. No, todavía no es hora de que vayas á velar á tu amigo Casimiro.

HERM. Desgraciado! Puede que ya haya muerto!

ESCENA IV.

DICHOS, MANUELA, á poco D. CASIMIRO.

MAN. D. Casimiro Duarte viene preguntando si está usted en casa.

ROSA. No puede ser! Tú te habrás engañado; si don Casimiro se está muriendo!

MAN. Vaya! Pues no conozco yo á don Casimiro!

HERM. (Maldito!) Se habrá puesto bueno de repente.

ROSA. Dile que pase. (Váse Manuela.) Ya no tendrás necesidad de velar á Casimiro...

HERM. Puede que viendo que tardaba, haya venido por mí...

ROSA. Para que lo veles...

HERM. Pues! para... (No sé lo que digo!)

CASIM. Muy buenas noches.

ROSA. Siempre es usted bien venido, y ahora mucho más.

HERM. Hombre! cuánto me alegro de tu mejoría!

CASIM. Qué?

HERM. (No me desmientas.)

ROSA. Y el ataque cerebral?

CASIM. Qué ata... (Hermógenes le da un pisoton.) Caramba!

ROSA. Qué era eso?

HERM. Nada, nada! (Metámoslo á barato.) Chico, me alegro de que no haya sido cosa de cuidado.

CASIM. Eso quisiera yo, pero desgraciadamente...

ROSA. Pues qué, su enfermedad...

CASIM. No es enferme... (Hermógenes le da otro piscion.) Cáspita! (Qué le da á éste?)

HERM. Vamos! !Ya lo entiendo todo: ha sido una broma que me ha querido dar don Jacinto el librero.

CASIM. Qué broma?

HERM. Me dijo que te habia dado un ataque cerebral, y que te estabas muriendo.

CASIM. No me ha faltado mucho.

HERM. ¿Ves, mujer, cómo habia algo?

CASIM. Creo estarme muriendo de pena.

HERM. Pues qué te pasa?

ROSA. Alguna desgracia? (Ya me pagarás la mentira.)

CASIM. ¿No extrañas que venga á tu casa cerca de las doce de la noche?

ROSA. En efecto; aunque usted es dueño de venir á la hora que le parezca.

HERM. Ya lo creo. (Aunque no hubiera venido ahora...)

CASIM. Señora, dispénseme usted, pero quisiera hablar reservadamente con su esposo.

ROSA. Me retiro. (Qué será.)

HERM. Mira, no! Yo tengo que salir ahora; nos iremos, y por el camino me contarás...

CASIM. Como quieras.

ROSA. Que tú tienes que salir? No señor! No sale s! Esa cita No irás á ella!

CASIM. Hombre! á tus años andas en malos pasos?

HERM. Por vida de!... (Esta mujer me va á obligar á que estalle.) No! no hay malos pasos... digo, sí los hay, pero no soy yo el que los da: son malos pasos que me obligan á que me pasee... digo, no... á averiguar... no, tampoco. En fin, yo no tengo que dar cuentas. Vámonos.

ROSA. Bien! Si tú te vas, yo tambien me iré.

HERM. ¿Cómo que te irás?

ROSA. Contigo.

HERM. Se guardará usted muy bien, como de... Ni sé lo que iba á decir!

CASIM. Pero qué es esto? Cuando vengo con el alma dolorida, me encuentro con una reyerta conyugal?

ROSA. Porque mi marido...

HERM. Porque mi mujer!... (Más vale callar!... Me callo! Sí, señora, me callo, porque luego tendré que gritar mucho, y me conviene economizar el pulmon; reservarme para la situacion culminante!

ROSA. Es una picardía!

HERM. Efectivamente, es una picardía lo que usted... Pero más vale callar! Vámonos, Casimiro, vámonos.

ROSA. Pero, Hermógenes!

HERM. Silencio, Señora! Yo lo mando! Vámonos, Casimiro, Vámonos.

CASIM. Á los piés de usted.

ESCENA V.

ROSA, despues MANUELA, del interior.

ROSA. Qué picardía! Nunca se ha portado así conmigo! Nunca! No hay duda, alguna máscara le ha dado cita para esta noche; su agitacion todo el dia de hoy; las palabras que dijo en sueños...

MAN. Señora, ¿por qué no se acuesta usted? Yo esperaré al amo. Pero, ¿está usted llorando?

ROSA. Sí! Lloro, porque mi marido se ha marchado, Dios sabe dónde!

MAN. Ahora, va á casa de don Casimiro.

ROSA. ¿Qué sabès tú?

MAN. Lo digo porque al salir, decia el amo! «Es posible! tu hijo!...» «Sí, amigo mio!...» Le contestó el otro, —«Pues vamos corriendo á tu casa; nos llevaremos de paso un médico.»

ROSA. ¿Estás segura de que dijeron eso?

MAN. Ya lo creo!

ROSA. ¿Pero habrá sido plan para que tú me lo digas y desorientarme?

MAN. Cá! No señora! Si á don Casimiro le caian unas lágrimas...

ROSA. Manuela, coge tu manton, y dame mi mantilla; vamos á casa de don Casimiro!

MAN. ¿Pero hemos de dejar la casa sola?

ROSA. Es verdad!

MAN. Si viene el amo por otro lado...

ROSA. Tienes razon; tú te quedas y yo me voy.

MAN. ¿Y á estas horas va usted á ir sola por esas calles?

ROSA. Haré que me acompañe el sereno.

MAN. La verdad, yo no lo apruebo.

ROSA Calla, necia! Cómo se conoce que tú no has estado nunca celosa. Dame la mantilla. Si no, ven, la tomaré al paso. (Váse interior.)

MAN. Haga usted lo que quiera: esta creo que va á ser una noche toledana. (Váse tras de su ama.)

ESCENA VI.

ELVIRA al balcon del tercer término, despues D. CLAUDIO.

ELVIRA. Faltan pocos minutos para las doce y no debe tardar; esta noche le aguardo con más impaciencia que nunca!

CLAUDIO. ¿Qué hace usted en el balcon?

ELVIRA Nada, papá! Tomar el fresco; la noche está tan hermosa..

CLAUDIO. Más hermosa está la cama! Váyase usted á su cuarto, y á dormir!

ELVIRA. Calle! ¿Por qué me hablas de esa manera?

CLAUDIO. Porque lo sé todo!

ELVIRA. (Dios mio!)

CLAUDIO. Espera usted á su amante! Yo tambien lo espero.

ELVIRA. Pero papá, si no...

CLAUDIO. Ya no me engañas, adentro! (Entran y cierran el balcon.)

ESCENA VII.

MANUELA en la casa saliendo del interior.

MAN. El amo va por un lado y la señora por otro, los dos á casa de don Casimiro; allí se encontrarán; lo cierto es que yo no sé lo que noto en este matrimonio de ayer acá; anoche fueron muy contentos al baile, pero hoy... y mientras tanto, la que paga soy yo, sin comerlo ni beberlo; ahora tendré que esperar Dios sabe hasta qué hora, y me estoy cayendo de sueño. Ay! Quién pudiera quitarse de servir! Si encontrara una proporcion para casarme; pero sí! en eso piensan los hombres; (Campanilla dentro.) muchos chicoleos... y luego, nada! Pero han llamado; voy á abrir. (Váse por el interior. Dan las doce.)

ESCENA VIII.

D. CLAUDIO, en su balcon.

CLAUDIO. Hola! Ya dan las doce; no tardará el galan en venir, y se va á encontrar lo que no espera! No se ve á nadie por la calle; me ocultaré para que si viene no me vea hasta su tiempo; la peripecia no le será muy grata. (Vuelve á cerrar el balcon y desaparece.)

ESCENA IX.

HERMÓGENES saliendo en la casa por el interior, á poco MANUELA.

HERM. Horror! Esta noche creo que me va á dar algo. Voy á casa de Casimiro, y me encuentro con que á su hijo el mayor le han dado una estocada; no es de peligro afortunadamente para él y para mí! Porque en cuanto se cure yo le ajustaré las cuentas. Su hermano, sin sospechar el deseo que yo tenia de encontrar al dueño de este gaban, me dice... Calle! «Este gaban es de mi hermano, que se lo cambiaron anoche en el baile.» Es

decir, que el herido es á quien citaba mi mujer para esta noche de doce á una!... Cita que ya no puede tener efecto en algunos dias, pero á ntes... Yo le diré á mi mujer... (Va á la alcoba.) Calle! No se ha acostado! Manuela! (Llamando.)

MAN. Señor. (Saliendo del interior.)

HERM. Dile á la señora que venga aquí.

MAN. ¿Á la señora?

HERM. ¿No lo has oido?

MAN. Sí señor, pero es que...

HERM. Vamos! ¿Acabarás?

MAN. Que la señora no está en casa.

HERM. Que no está en casa! ¿Será posible!

MAN. Y tan posible! Como que salió en seguida que se marchó usted.

HERM. ¿Y no sabes dónde ha ido?

MAN. Sí señor; dijo que iba á casa de don Casimiro.

HERM. Á su casa! No cabe mayor descoco!

MAN. Como usted iba...

HERM. Déjame en paz! Vete de aquí!

MAN. Pero si usted...

HERM. Vete, ó si no!.!.

MAN. Ave María, qué modo! No me hubiera usted llamado! (Váse al interior.)

HERM. Mientras yo he venido por un lado, ella habrá ido por el otro; sin duda temió como yo no me quise acostar que descubriera su cita, y no ha querido esperar á que él viniera. ¡Oh!... Voy á armar un escándalo que se hará memorable en Sevilla. Allí estará consolándole... Voy! yo no tengo paciencia para... (Váse por el interior.)

ESCENA X.

D. CLAUDIO al balcon; en seguida HERMÓGENES en la calle; á poco ROSA sale por el segundo término derecha.

CLAUDIO. ¿Á que no viene esta noche y yo me voy á estar de centinela en el balcon inútilmente? Pero Ruperto me

dijo que solia venir de doce á una! Ya hace un rato que han dado las doce, esperaré. (*Queda oculto en el balcon.*)

HERM. Veremos si está allí; pero y si viene por otro lado mientras voy, y nos pasamos la noche yendo y viniendo? Ah! Por aquella calle viene una mujer; por el aire creo que es ella... Me ocultaré en esta esquina. (*Se oculta trás la esquina bajo el balcon de D. Claudio.*)

CLAUDIO. Hola! Ya está el mozo de centinela! No hay duda, es él! Ya lo compondré yo. (*Entra.*)

HERM. La voy á confundir!... Ella no se figurará que su carta ha venido á mis manos... arpía!

CLAUDIO. Agua va! (*Asomándose al balcon y echando á Hermógenes un jarro de agua.*)

HERM. Jesus! Me han bañado! Qué líquido será este? Oiga usted, bien podia ver lo que hace!

CLAUDIO. Porque lo veo lo hago! No quiero espantajos en mi puerta!

HERM. Yo soy dueño de estar donde me dé la gana!

CLAUDIO. No para hacerle cocos á mi hija, ¿lo oye usted? Ella no le quiere á usted para nada! (*Sale Rosa.*)

ROSA. Al fin he llegado á tiempo para averiguar á dónde tenia usted que ir! Tenia usted precision de rondar á esa jóven causando la desgracia de su mujer!

CLAUDIO. Horror! Y es casado!

HERM. Sí señor! Soy casado desgraciadamente!

ROSA. ¿Cómo desgraciadamente?

HERM. ¿Qué tiene usted que ver con eso?

CLAUDIO. Conque no tengo que ver? y viene usted á engañar, á seducir á mi hija.

HERM. Váyase usted con su hija á... paseo!

CLAUDIO. Voy á dar parte para que le pongan á usted en un presidio!

HERM. Vaya usted en hora mala! Yo sí que como le coja á usted le haré que me pague el rocion que me ha echado!

ROSA. Y ha hecho muy bien!

CLAUDIO. Espere usted, que voy á bajar para que cobre usted.

(Entra y cierra el balcon.)

ROSA. Á esto da usted lugar!

HERM. Rosa! No trates de encubrir tus maldades acusándome, porque soy víctima de ellas!

ROSA. ¿Cómo mis maldades?

HERM. Pero ya ha llegado el momento en que el víctima se convierta en juez!... Así, pues, contésteme usted. ¿De dónde viene usted ahora?

ROSA. De casa de don Casimiro, porque supe que tú ibas allí.

HERM. De casa de don Casimiro, para ver á su hijo, al que han dado una estocada!

ROSA. Yo no he visto á nadie; yo no he hecho más que preguntar si estabas; me han dicho que no y me vuelvo á casa.

HERM. Usted ha ido á ver á ese miserable!

ROSA. ¿Y á mí qué me importa ese hombre?

HERM. No le importa á usted, eh? Mire usted este gaban.

ROSA. Ya lo miro.

HERM. Este gaban es suyo.

ROSA. Y qué?

HERM. Este gaban me lo cambiaron anoche en el baile.

ROSA. Y qué?

HERM. Este gaban es el cuerpo del delito!

ROSA. Vamos, te has vuelto loco.

HERM. Loco de ira! de desesperacion! de celos!...

ROSA. De celos!

HERM. Sí señora! Sepa usted que en este gaban he encontrado. .

CLAUDIO. Ya me tiene usted aquí!

HERM. Sí? pues por haberme bautizado lo voy á usted á estrangular!

ROSA. Hermógenes, por Dios! (Deteniéndole.)

CLAUDIO. Cómo, Hermógenes?

HERM. No me detengas; quiero saciar la ira que tengo; quiero estrangular á ese energúmeno!

CLAUDIO. Oiga usted; creo que he padecido un error; pero eso de insultarme...

HERM. ¿Cómo si te insulto?... Ya se ve que si! Y te seguiré insultando.

CLAUDIO. Es que yo no lo tolero!

HERM. No? Pues toma! (Le da un puntapié.)

ROSA. Detente! (Sujetándole.)

CLAUDIO. Miserable! Á mi un puntapié! (Le va á pegar á tiempo que Hermógenes baja la cabeza forcejeando con su mujer, y recibe el golpe en el sombrero, que se le hunde hasta los ojos.)

HERM. Suéltame! ¿No ves que ese infame abusa de que me tienes sujeto?

CLAUDIO. Suéltele usted, suéltele usted, y ya verá si soy energúmeno!

HERM. Este maldito sombrero (Forcejeando por sacárselo.) me ha dejado ciego.

ROSA. Caballero! Si usted se ha equivocado, no es justo que quiera provocar una pendencia con mi marido.

CLAUDIO. ¿Pero no ve usted que me ha insultado? ¿que me ha dado un puntapié?

HERM. Y usted me ha quitado un duro de sombrero! Usted me ha puesto hecho una sopa, cuando yo no me metia con usted.

CLAUDIO. Le tomé á usted por otro; yo le hubiera dado una satisfaccion, pero me llamó usted energúmeno!...

HERM. Y se lo vuelvo á llamar.

CLAUDIO. Usted lo ve, señora?

ROSA. Vamos, Hermógenes, ten calma!

HERM. Eso quisieras tú, infame! que tuviera calma; pero yo no soy calmoso! Ya se me ha subido la mostaza á la nariz, y esta noche ha de quedar memoria de mi en Sevilla: tu sufrirás el castigo de tu infamia! Y este señor las consecuencias de su torpeza, de su barbarie! Estoy resuelto á todo! Usted es un canalla!

CLAUDIO. Me dará usted una satisfaccion.

HERM. Cómo?

CLAUDIO. Sí, señor! Yo no dejo que se me insulte impunemente, y me debe usted una satisfaccion por esas palabras.

HERM. Lo que te debo es un apabullo; toma! (Dándole uno.)

CLAUDIO. Este hombre se ha vuelto loco! (Corriendo con el sombrero metido.)

ROSA. Detente, Hermógenes! (Queriendo detenerlo sin poder.)

HERM. Toma! (Dándole otro.)

ESCENA XI.

DICHOS y RUPERTO, que se interpone.

RUP. Qué es esto?

HERM. Toma! (Dándole otro á Ruperto.)

RUP. Caramba!

CLAUDIO. Ese hombre está loco!

RUP. Socorro!...

ROSA. Pero señores, tranquilizarse! Es una vergüenza dar este escándalo sin haber causa para ello. Hermógenes, considera que ya te has vengado de la equivocacion que el señor ha padecido, y que no han de pagar los demas tu mal humor.

HERM. Tienes razon! Tu lo pagarás sola; tú, que eres la causa de todo!

RUP. ¿Con qué no está loco?

ROSA. No señor.

RUP. ¿Pero por qué ha sido esta pendencia?

HERM. Porque estaba en esa esquina esperando á mi mujer, y el señor me ha echado un jarro de agua.

CLAUDIO. Le tomé por el perillan que baraja los cascos á mi chica; pero luego me ha insultado y...

RUP. Nada tiene de particular que se exasperara con ese saludo; usted ha andado muy ligero.

HERM. No, no ha andado, ha vaciado muy ligero.

RUP. Y yo venia á decirle á usted que ya por algun tiempo no podrá venir aquel quidam á rondar á su hija de usted, porque está en la cárcel.

CLAUDIO. Es posible? Me alegro! ¿y por qué delito?

RUP. Por haber dado una estocada al hijo mayor de don Casimiro Duarte, por cuestion de juego. (Siguen hablando.)

ROSA. ¿Pero cuál es la causa de tu mal humor? ¿Qué delito

he cometido para que me dirijas esas palabras?

HERM. Vámonos á casa; no es cosa que debe tratarse en la calle; allí estaremos solos y allí... Ya verás! Prepárate á sufrir el castigo que merece tu falsía.

ROSA. Vamos; mi conciencia está tranquila y no temo tus cargos, que tendrán por orígen un error!

CLAUDIO. Tiene usted razon; es verdad que me ha insultado, pero yo he tenido la culpa: caballero, (Á Hermógenes.) siento mi equivocacion, y aunque se ha vengado usted bien, yo lo olvido todo.

HERM. Corriente! Tan amigos como ántes.

CLAUDIO. Señora, dispense usted el susto que la he causado. Ya estoy contento, porque el pícaro no vendrá por algun tiempo á sacar á mi hija de sus casillas.

RUP. Ea, buenas noches.

HERM. Buenas noches.

CLAUDIO. Á los piés de usted.

ROSA. Beso á usted la mano. (Ruperto y Claudio llegan á la puerta del tercer término; se despiden dándose la mano; el primero se va y el segundo entra en la casa.)

HERM. Nosotros á casa al momento para zanjar nuestra cuenta.

ROSA. Comprendo que cuando te explicas de ese modo, alguna razon tendrás, aunque sea nacida de un error que estoy pronta á desvanecer.

HERM. Carta canta.

ROSA. Cómo?

HERM. Vamos á casa, que allí te quedarás confundida y anonadada.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. CASIMIRO.

CASIM. Calle! ¿Vosotros aquí?

HERM. Hay alguna otra novedad?

CASIM. Vengo á traer á tu mujer un recado de mi hijo.

HERM. Qué insolencia! No puede llegar á más el descaro! Y delante de mí! En mis barbas! Luego dirá usted que es

un error!... Dirá usted que estoy equivocado!

ROSA. ¡Pero hombre!

CASIM. Hermógenes, te has vuelto loco?

HERM. De celos y de desesperacion! Yo mataré á tu hijo en cuanto se cure, y á tí y á mi mujer!

CASIM. Eso es desvariar! El recado que traigo para tu mujer no es motivo para que te alborotes de ese modo!

HERM. Conque no es motivo!

CASIM. No, hombre! escúchalo. No conoces que yo no podria encargarme de un recado criminal y que mi hijo me respeta lo suficiente para no hacerme confidencias de esa especie? No alcanza tu razon que si fuera lo que te figuras, no se lo diria delante de tí?

HERM. Vamos, acaba de una vez.

ROSA. Sí, hable usted.

CASIM. Cuando mi hijo supo que tu mujer habia estado en casa y que no entró, lo sintió mucho.

HERM. Ya lo creo.

CASIM. Me dejarás concluir? Me suplicó que viniera á pedirla en su nombre el favor de que mañana vea á su amiga Amalia Gallardo y la diga la causa que le impide acudir esta noche á su cita. Me ha confesado que la ama, y yo veré mañana á su tutor para ver si se arregla este asunto y que se casen así que se cure; afortunadamente la herida es muy leve.

ROSA. ¿Lo ves? (En tono dulce.)

HERM. No lo veo? (Remedándola.) Este es un embolismo que yo no entiendo!

CASIM. Pues es bien claro.

HERM. Yo digo que es bien turbio.

CASIM. Eh! tu ceguedad no te deja conocer que me estás ofendiendo!

HERM. Esas palabras encierran una contraseña que ni aun tú comprendes quizá! Yo lo sé todo!

ROSA. Pero hombre, ¿qué sabes?

HERM. Quien habia citado á tu hijo, es mi mujer!

CASIM. Cómo?

ROSA. Yo!... Ah! Voy comprendiendo!

HERM. Sí, señor! Anoche me cambiaron el gaban en el baile por el de tu hijo, que es este; y en un bolsillo estaba la carta criminal! Esta carta que le citaba para esta noche de doce á una; y esta carta, mírala, es de letra de mi mujer!

ROSA. Já! já! já! (Riendo.)

HERM. Eso es! Ríase usted de la gracia! Riase usted, que pronto llorará!

ROSA. Oyéme, hombre!

HERM. No oigo nada!

CASIM. No seas así, atiende á razones.

ROSA. Esa carta la he escrito yo, pero ha sido por Amalia, que me pidió la hiciera este favor, porque ella no puede escribir. Ya sabes que tiene un panadizo en un dedo de la mano derecha.

HERM. Si eso fuera cierto...

ROSA. ¿No ha de serlo? Si yo no conozco siquiera al hijo del señor!

CASIM. Pero hombre, ¿no te he dicho que en vista de lo que ocurre voy mañana á pedir la mano de Amalia para mi hijo?

HERM. Yo te acompañaré.

ROSA. ¿Todavía dudas?

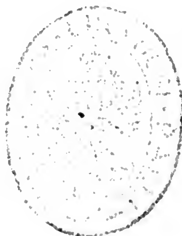
HERM. Cá! no! ¿Qué he de dudar yo? Es porque no vaya solo.

CASIM. Bien, hombre, bien! Yo vendré por tí á las doce de la mañana.

HERM. ¡Ay! respiro! Qué dia y que noche he pasado!

Ya que acaba mi temor
y mi duda inoportuna,
público amigo y señor,
no le des ahora al autor
un susto DE DOCE Á UNA.

FIN.



OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON ENRIQUE ZUMEL

La pena del talion.
La capilla de San Magin.
El piloto y el torero.
El himeneo en la tumba.
Guillermo Sakspeare.
Una deuda y una venganza.
Enrique de Lorena.
Enrique de Lorena (Segunda parte.)
La maldicion.
Un valiente y un buen mozo.
El gitano aventurero.
Un señor de horca y cuchillo.
La batalla de Covadonga.
Glorias de España.
Pepa la cigarrera.
8200 mujeres por dos cuartos.
Llegó en martes.
El traspaso.
Vivir por ver.
Aquí estoy yo.
La casa encantada.
El segundo galan duende.
En cojera de perro y lágrimas de mujer, no hay que creer.
Vaya un lio.
Diego Corrientes. (Segunda parte.) (Segunda edicion.)
La gratitud de un bandido.
José María.
Quien mal anda mal acaba. (Segunda parte de José María.)
La voz de la conciencia.
El deseado Príncipe de Asturias.
L. N. B.
Los guantes de Pepita.
Imperfecciones.
Un regicida.
Viva la libertad! (Segunda edicion.)
Ábrame usted la puerta.
El muerto y el vivo.
Laura.
Será este?
Si sabremos quién soy yo?
Las riendas del gobierno. (Segunda edicion.)
Doña María la Brava.
La hija del almogávar.
Otro gallo le cantara. (Segunda edicion.)
Batalla de diablos.
Un hombre público.
Un mancebo combustible.
Roberto el bravo.
La última moda.
Lo que está de Dios.
Una hora de prueba.
La isla de los portentos.
Cajon de sastre.
Oprimir no es gobernar.
Figura y contra figura.
Los hijos perdidos.
El trabajo.
Prueba práctica.
El carnaval de Madrid.
Derechos individuales.
Por huir de una mujer.
El robo de Proserpina.
No la hagas y no la temas.
Pasion y muerte de Jesus.
Astucias de un asistente.
Al que no quiere caldo la taza llena.
De doce á una.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Los dos gemelos.
El amante misterioso.
Amores de ferrocarril.
La batelera.